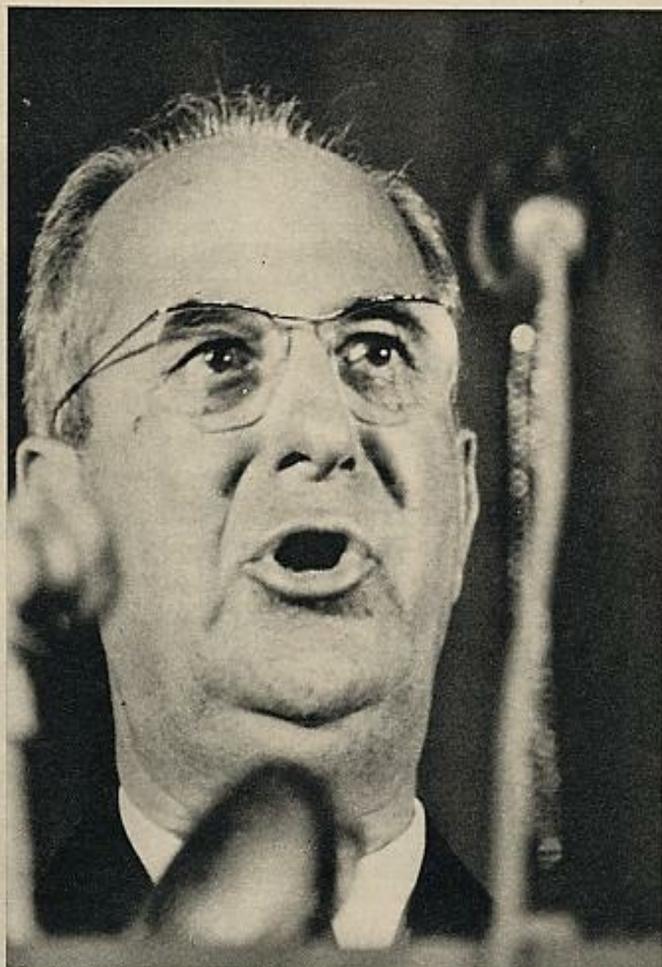
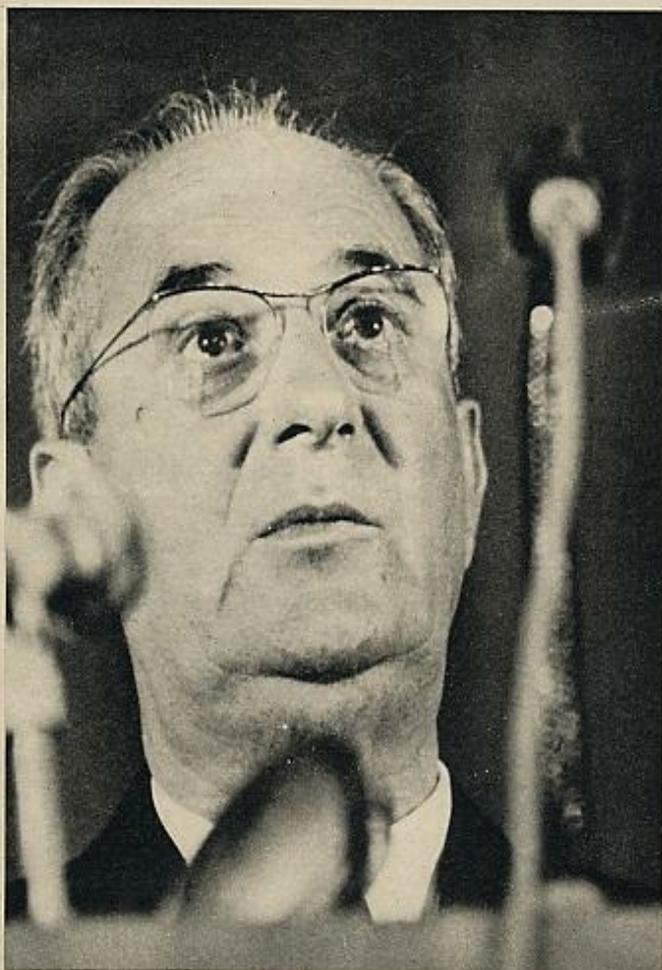


LOS INDIFERENTES

Por EDUARDO HARO TECLEN



Gaston Defferre, el «Monsieur X», apoyado por «L'Express», habrá de esforzarse en encontrar caminos nuevos. Imitando al equipo Kennedy con su «New Frontier», Defferre y sus colaboradores expresan sus objetivos con el término «Horizon 1980», porque prometen a los franceses el bienestar para tan lejano año.

MARLON Brando ha iniciado una guerra personal contra el racismo. Ha decidido que los films en que intervenga no puedan ser proyectados en locales que practiquen la segregación racial. Otras personalidades van a seguir su ejemplo: Laurence Olivier, Vanessa Redgrave, Burt Lancaster, Paul Newman, la escritora Françoise Sagan, los autores Arnold Wesker, C. P. Snow, el filósofo Jean Paul Sartre. Comienzan ya a aparecer ciertas críticas a la actitud de Marlon Brando: en el peor de los casos, le acusan de haber practicado personalmente el racismo por haberse divorciado de su esposa de color, Anna Kashfi, y en el aparentemente más objetivo plantean el problema de si un artista —un actor, un escritor— tiene derecho de hacer pesar en la balanza política una fama, una gloria, un nombre conquistados por medios no políticos. Es obvio responder que sí, que tiene ese derecho. Es necesario responder que tiene esa

obligación como la tiene cada ciudadano, Aristóteles no esperó la bomba atómica para decidir que el hombre es, por definición, político. Pero la bomba nos debe precipitar a todos, hasta a los menos aristotélicos, a considerarnos decididamente inmersos en una política a la que somos perfectamente permeables. Puesto que ya todo nos hierde, puesto que somos vulnerables a todo, debemos exigir nuestro derecho a intervenir en todo: es decir, en nuestro futuro.

Se puede nacer pastor y en Chipre. Se puede ser analfabeto y estar guardando un rebaño de ovejas al son del caramillo, y encontrarse de pronto con un rosario de balas de ametralladora en la espalda, caído sobre un suelo húmedo y con los ojos clavados en un cielo purísimo. «El, que nunca se metió en nada», dirán las plañideras. Y estarán dando la razón de su muerte, porque el que no se mete en nada no hace nada para evitar su muerte o, al menos, su miseria. Estas muertes de inocentes en Chipre nacen de la voluntad británica —o de un británico: Sir Anthony Eden— de introducir a Turquía en los problemas de la isla, de «dividir para vencer» —como preconizaban los antiguos tratadistas—, es decir, de separar a las dos comunidades que hasta entonces —en 1954— habían vivido en cierta paz y en bastante concordia; nacen de una estrategia mediterránea, de la necesidad de mantener una base que ya no podía estar en Egipto ni en ningún país de Oriente Medio. Estas muertes de hoy nacen de los trágicos acuerdos de Zurich (1959) fingiendo la independencia de la Isla (sin que ningún chipriota estuviese presente en la conferencia), pero poniéndola bajo el control de tres potencias (Grecia, Gran Bretaña y Turquía), y de los doscientos disparatados artículos de la Constitución; y del erróneo sistema de compartimentos administrativos, por el cual un 18 por ciento de turcos tenían derecho a un 30 por ciento de escaños en el Parlamento y

a un 30 por ciento de puestos en la administración pública, mientras que un 82 por ciento de la población —los griegos— no tenían derecho más que al 70 por ciento. Se ha producido después la demora en trasladar el expediente de la tragedia al Consejo de Seguridad, y ello por otra razón política: por evitar que los países comunistas pudieran intervenir en la discusión de una zona que pertenece al imperio occidental anglo-sajón. Y si al final se ha cedido ante la insistencia del arzobispo Makarios, ha sido por evitar una guerra inminente entre Grecia y Turquía, que hubiera terminado de destrozar precisamente aquello por lo que se luchaba: por mantener posiciones occidentales en Oriente Medio...

En realidad la organización de Chipre, su Constitución, sus elecciones estaban hechas para canalizar aparentemente la vocación política de los quinientos mil ciudadanos de la Isla; pero al mismo tiempo, más profundamente, trataban de ta-



Marlon Brando, que intervino en la famosa marcha sobre Washington, y que ya en otras ocasiones se había manifestado activamente en pro de la integración racial, ha sido el portavoz encargado de hacer pública la constitución de un comité internacional—compuesto por personalidades de la vida cultural de diversos países— para luchar contra la segregación racial en el mundo entero. La organización, que por el momento no tendrá un nombre determinado ni un líder a su cabeza —ya que se pretende realizar un trabajo de equipo— cuenta entre sus miembros, además del actor de Hollywood, a Lawrence Olivier, Vanessa Redgrave, Jean Paul Sartre, Yves Montand, Françoise Sagan...

ponar toda decisión real, toda posibilidad de modificar unas circunstancias que convenían al interés de la Gran Bretaña directamente y, de una manera confusa, al de la llamada estrategia mediterránea. Estos dobles juegos terminan por costar caros, sobre todo si se aplican en una zona donde la ametralladora y la bomba de fabricación casera han acostumbrado a resolver las situaciones por otros medios.

Pero no debe creerse que el deseo por apartar al hombre, al «hombre de la calle», de la política, es solamente una herencia del colonialismo apta para países subdesarrollados. En Europa abunda también este sistema de distanciamiento, y uno de los ejemplos más característicos es Francia. Cualquiera podría asombrarse de que faltando aún dos años para las elecciones presidenciales la campaña electoral esté prácticamente abierta en Francia: con más fuerza que en Estados Unidos y que en Gran Bretaña, donde las elecciones están fijadas para dentro de meses. Este esfuerzo que trata de llevar a cabo la oposición —y, por consiguiente, el esfuerzo contrario que debe desarrollar el régimen— durante el largo plazo de dos años está destinado a levantar una moral política, un interés político de la a-tonía en que está sumido el país. Francia se ha despolitizado en virtud del régimen de De Gaulle, el General que llegó en un momento difícil y dijo a los ciudadanos: «Ustedes no se mezclen en nada: déjenme a mí, que yo me encargo de todo». Inmediatamente comenzó una distanciamiento del ciudadano de las fuentes del poder —nueva constitución, recorte de los poderes parlamentarios, prolongación del mandato presidencial, influencia directa en la radio, la televisión y los noticieros cinematográficos, etc.— y un desprestigio agudo del régimen anterior. Es indiscutible que este tipo de sistemas políticos tienen una apariencia inmediata de triunfo, pero que también tienen una meta ilusoria, que no se alcanza jamás. El auge y caída

del III Reich alemán —que llegó a extremos teratológicos de esta política en los que, naturalmente, no ha caído Francia: e incluso cuesta trabajo llegar tan lejos en la comparación— son un excelente ejemplo histórico. El ciudadano alemán llegó a limitar su aportación política al régimen, a hacer figura de comparsa. Es inútil recordar que esta satisfecha indiferencia llevó a tres millones de entre ellos a acabar en los campos de concentración de sus propios compatriotas, y a algunos otros millones a morir en la guerra y en el hambre subsiguiente. La actitud del general De Gaulle es felizmente mucho más modesta, pero es inevitable que repercute en todos los riesgos de guerra y de paz porque está atravesando el mundo. Y de una manera muy decisiva. Una gran mayoría de los ciudadanos franceses viven ilusionados por unas metas más o menos utópicas —la fuerza atómica europea, la hegemonía continental, la irradiación de Francia a América, Asia y África— y abandonan peligrosamente sus posiciones políticas. Hace algunos años hablé con un taxista de París que me llevaba desde la Gare d'Austerlitz a un hotel. Le pregunté qué tal iban las cosas con De Gaulle y me respondió: «Ahora, por lo menos, tenemos orden». Este es otro de los espejismos políticos graves: el de la famosa frase de Goethe que decla «Prefiero la injusticia al desorden». A veces, el desorden es una especie de justicia, y la Francia de las repúblicas anteriores a De Gaulle ofrecía en su desorden un mayor campo de juego político que la ordenada Francia de hoy.

Pero es cierto que el desprestigio exagerado de los regímenes anteriores ha anulado la oposición. Ahora la nueva conjunción que trata de alzarse frente a De Gaulle antes de dos años no quiere saber nada del pasado. Gaston Defferre, el «Monsieur X» apoyado por «L'Express», tiene que esforzarse en encontrar caminos nuevos. Consisten en una cierta imitación de Kennedy, sustituyendo el término de «New Frontiers» por el de «Horizon 1980», porque promete a sus conciudadanos el bienestar para tan lejano año: es decir, sustituye una utopía por otra. Defferre, alcalde de Marsella, distinguido «yatchman», trabajador incansable para desmentir la fama de los marseleses, tampoco cree mucho en los partidos políticos excepto en el comunista, con el cual rechaza pactar. En esto puede parecer más atrasado que De Gaulle: mientras el general reconoce a China comunista y envía negociadores a Moscú, Defferre no reconoce a los cinco millones de electores comunistas franceses (una quinta parte del censo electoral). La campaña de Defferre acaba de empezar. Ha tenido un lanzamiento clásico de producto comercial. Primero se empezó a hablar de «Monsieur X», caballero andante capaz de enfrentarse con De Gaulle. Las clásicas preguntas de la publicidad comercial aparecieron en los periódicos: «¿Quién es el señor X?» «¿Qué mueve al señor X?» Finalmente, Defferre apareció tras la incógnita, lanzó un programa, pronunció discursos, hizo declaraciones. Tiene dos años por delante para acreditar su marca. Por ahora, el Instituto de la Opinión Pública es negativo para él. Un cuarenta por ciento de los franceses siguen siendo favorables a De Gaulle; sólo un veinticinco por ciento se deciden por Gaston Defferre.

Lo que es grave es que hay un 35 por ciento de franceses que, interrogados, se declaran indiferentes. Un indiferente no vota o, si lo hace porque juega en el último reflejo de ciudadanía, opta por el poder establecido, lo cual compromete siempre menos. Durante los dos años por venir, la oposición francesa tratará de vencer esa indiferencia. Yo no creo que lo consiga. Es un pronóstico arriesgado, cuando pueden pasar tantas cosas durante esos dos años. Pero el plan ofrecido hasta ahora por Defferre es demasiado vago, demasiado parecido al que está cumpliendo el propio De Gaulle, queriendo ser lo contrario. Cabe esperar que de aquí a las elecciones haya otra definición, haya otra posibilidad de sacar al ciudadano francés de su sopor.



Barricada turco-chipriota durante uno de los sangrientos encuentros de la última semana. Fue la política de Sir Anthony Eden la que dio origen al actual problema de la isla, al seguir la norma de «dividir para vencer».

E. H. T.